

han olvidado sus deberes y que se resisten al poder real, y en seguida iremos á ponernos á las órdenes de Su Eminencia.

— Y á mí, monseñor, dijo fray Pacífico irguiéndose cuan alto era, en la confianza del hombre que sabe lo útiles que pueden ser sus servicios si los emplea convenientemente, ¿ en qué pensáis ocuparme?

Los dos jóvenes cambiaron una mirada, y volviéndose hacia el hermano colector:

— Necesitamos un emisario hábil y valiente, le dijeron, que nos preceda en Tarento y en Martina; y que, introduciéndose en esas dos ciudades, distribuya en ellas nuestras proclamas.

— ¡Pues aquí estoy yo! dijo fray Pacífico, golpeando el suelo con su bastón de laurel. ¡ Ah! ¡ si tuviera á Jacobino!

De Cesare y Bocchechiampe ignoraban quién era Jacobino; pero el fraile les explicó que era su burro, el cual había dejado en Pizzo al embarcarse para Sicilia.

Fray Pacífico partió aquella misma noche para Martina, llevando una carga de proclamas tan grande como la que hubiera podido caber en los serones del rucio.

CAPÍTULO XVII

En que el falso duque de Calabria hace lo que hubiera debido hacer el verdadero

Puesto en camino fray Pacífico, la suerte estaba echada, y los dos jóvenes se preguntaron cómo iban á gobernarse caso que las dos ciudades resistieran.

Verdad es que tenían una especie de ejército; pero también lo es que aquel ejército, armado de cuchillos y de malas escopetas, y falto de cañones y de tren de batir, era completamente inútil ante los muros de una plaza fuerte.

En aquel momento anunciaron á Su Alteza que un tal Juan Bautista Petrucci, que se decía portador de noticias de la mayor importancia, solicitaba una audiencia, añadiendo que si las ocupaciones del príncipe no le permitían recibirle, deseaba que á lo menos le recibiera el señor duque de Sajonia.

Menester era que las noticias fuesen bien interesantes para que el mensajero se atreviera á molestar

á tan elevados personajes á la una de la mañana.

Por consiguiente, D. Juan Bautista Petrucci fué introducido acto continuo en presencia de los dos jóvenes.

Don Juan Bautista Petrucci era inspector de marina, nombrado por la república partenópea, y acababa de recibir la orden de enviar á Lecce un destacamento de caballería y dos piezas de artillería con sus correspondientes municiones y demás accesorios.

Su visita al príncipe tenía por objeto ofrecerle sus jinetes y sus cañones en lugar de mandarlos á Lecce.

Inútil nos parece decir que el príncipe aceptó con júbilo un ofrecimiento que llegaba como llovido del cielo.

De Cesare nombró á D. Juan Bautista Petrucci inspector general de la marina, en vez de inspector ordinario que antes era, y le dió un certificado de lealtad. Como era necesario esperar la vuelta de fray Pacífico para saber á qué atenerse respecto á Tarento y á Martina, resolvieron, á fin de no perder tiempo, marchar sobre Lecce, cuya ciudad había mandado una diputación á pedir socorros contra los republicanos, y particularmente contra un tal Fortunato Andreóli que se había apoderado de la for-

taleza y organizado una guardia cívica, algunas compañías de cazadores y un escuadrón de caballería.

Petrucci se ofreció á ser de la expedición, á fin de animar á sus jinetes con su presencia.

Los expedicionarios se pusieron en marcha á las nueve de aquella mañana. En el camino encontraron dos ó trescientos cazadores que huían de la ciudad, no queriendo servir contra su opinión: aquellos hombres se unieron á la pequeña hueste realista, cuyo número, gracias á este refuerzo, se elevó á más de mil combatientes.

De Cesare entró, pues, en Lecce con una fuerza respetable.

Andreóli se había encerrado en el castillo: el falso príncipe le intimó que se rindiera, y, viendo que se negaba á hacerlo, dió la orden de ataque.

La resistencia no fué larga. Á los primeros tiros, la guarnición del fuerte huyó por una poterna que daba al campo.

Aquella victoria, aunque fácil, no dejó de ser de suma importancia: era el primer encuentro que había tenido lugar entre realistas y republicanos, y éstos abandonaron la plaza á los primeros tiros.

Repetimos con marcada intención « á los primeros tiros, » porque no se disparó ni un ca-

ñonazo. Había artillería, pero no había artilleros.

El júbilo fué grande; todas las campanas de Lecce y de los pueblos circunvecinos se echaron á vuelo para celebrar el triunfo de monseñor el duque de Calabria, y la ciudad se iluminó aquella noche á *giorno*.

Al día siguiente al de la toma de Lecce, llegó fray Pacifico, como atraído por el rumor de las campanas; había desempeñado fiel é inteligentemente su cometido en las dos ciudades, y sus noticias tenían tanto de malo como de bueno.

Las buenas eran que la población de Tarento se hallaba pronta á abrir sus puertas á los realistas sin disparar un tiro.

Las malas consistían en que Martina estaba resuelta á defenderse hasta la última extremidad.

En vista de esto, se resolvió dividir el ejército en dos cuerpos. El uno, mandado por Bocchechiampe, iría á Tarento á concluir de establecer la autoridad del monarca; el otro, á las órdenes de Cesare, marcharía lentamente sobre Martina, á fin de que la primera columna pudiera incorporársele ante los muros de la ciudad.

Según había anunciado fray Pacifico, Tarento abrió sus puertas sin esperar la intimación militar, y sus moradores, con la bandera real al viento,

salieron á recibir á Bocchechiampe; pero no sucedió lo mismo en Martina: la municipalidad había decretado la defensa, y ofrecido mil ducados al que presentara la cabeza del duque de Calabria y quinientos al que entregase la del duque de Sajonia.

Tal vez parezca un precio demasiado mezquino tratándose de tan altos personajes; pero la municipalidad de Martina no era rica.

Un cuarto de legua antes de llegar á la ciudad, la columna de Bocchechiampe se unió á la de Cesare, y entonces los dos jefes resolvieron dar el asalto, resolución casi temeraria por la falta absoluta, no ya de artillería, sino de artilleros.

Antes de venir á las manos, quisieron apurar todos los medios de conciliación.

Al efecto se llamó á un trompeta, le hicieron montar á caballo y le dieron una proclama para los habitantes de Martina, en la cual se les decía, que las tropas reales, lejos de querer hostilizar á los martinenses, no reclamaban de ellos sino que prestaran obediencia á sus legítimos soberanos; pero que si rehusaban acceder á tan justa demanda, la suerte de las armas decidiría la cuestión.

El trompeta partió á galope, seguido por las miradas del ejército realista y particularmente por las de sus dos jefes; pero no pudo llenar su cometido,

porque tan luego como se halló á tiro de fusil fué acogido por una horrible descarga que hizo rodar por tierra al jinete y al caballo.

Este último quedó muerto. El jinete se levantó, y aunque tuvo que volver á pie, tal vigor imprimía el miedo á sus talones, que empleó menos tiempo en la vuelta que en la ida.

Los dos jefes ordenaron entonces el asalto y avanzaron contra la ciudad en medio de una lluvia de balas, obligando á los defensores de los puestos avanzados á refugiarse tras de los muros.

En aquel instante un copiosísimo aguacero y una terrible granizada vinieron en auxilio de los sitiados, impidiendo á las tropas realistas aprovecharse de su victoria; en séguida cerró la noche, y tuvieron que dejar para el día siguiente la continuación del ataque.

Fray Pacífico no había tomado parte en la acción, pero no por eso había permanecido ocioso.

Entre los voluntarios reunidos en Lecce, en Tarento, en la campiña, había una porción de frailes, pertenecientes casi en su totalidad á las órdenes mínimas, esto es, á la regla de San Francisco.

Gracias á la misión que le confiara el cardenal, fray Pacífico había ejercido sobre ellos cierta in-

fluencia, y los había regimentado y convertido en artilleros, á fin de que los dos cañones no permaneciesen inactivos.

Por consiguiente, la misma noche del día en que tuvo lugar la escaramuza, los dos jefes y el ejército realista vieron con asombro y con no pequeña satisfacción á doce frailes que arrastraban las dos piezas y las colocaban en batería sobre la cumbre de una pequeña colina que dominaba la puerta de la ciudad.

Viendo las disposiciones tomadas durante la noche por fray Pacífico, de Cesare fué á visitar por sí mismo la batería, y allí encontró la explicación del enigma.

En la época en que servía á bordo de la *Minerva*, el hermano colector había sido artillero. Acordándose de su antiguo oficio, se había ocupado en enseñársele á los frailes voluntarios durante los tres días que acababan de transcurrir.

De Cesare le nombró acto continuo jefe de artillería.

Á pesar de esta mejora en su material, mejora que le prometía conseguir el triunfo, de Cesare no quiso mostrarse riguroso con los martinenses, y les envió un segundo emisario con las mismas instrucciones que llevó el primero.

Pero los martinenses le acogieron á tiros como habían hecho con el otro.

Entonces las dos piezas de fray Pacífico vomitaron una lluvia de metralla que diezmó á los defensores de los muros.

Al reconocer la existencia de una ignorada artillería que de pronto y sin decir « ¡ agua va ! » terciaba en el debate llevando la muerte á sus filas, hubo entre los sitiados un momento de vacilación, que aprovecharon los dos jefes realistas.

Corsos ambos á dos, y valientes á fuer de corsos, dieron al diablo su pretendida grandeza, y, empuñando un hacha, se lanzaron contra las puertas de la ciudad.

El ejército los siguió con entusiasmo. Los calabreses no habían visto en su vida príncipes convertidos en zapadores, ni capuchinos transformados en artilleros. La puerta saltó hecha pedazos, y el ejército, á cuya cabeza iba de Cesare y Bocchechiampe, entró en la ciudad como un torrente que rompe su dique.

Los martinenses trataron de resistir la invasión, defendiéndose en las calles y en las casas y fortificándose en las iglesias. Perseguidos en todas partes y sufriendo mortíferos disparos casi á quema-ropa, les fué imposible organizar la defensa, y atravesando

la ciudad á la desbandada, salieron en desorden por el extremo opuesto.

Sólo un grupo de republicanos permaneció unido alrededor del árbol de la libertad, y allí murieron desde el primero hasta el último sin querer rendirse.

El árbol fué abatido como sus defensores, y con sus astillas se encendió una hoguera que servía para quemar los muertos y con ellos alguno que otro vivo.

De Cesare y Bocchechiampe trataron, como acostumbaban hacerlo, de contener la matanza; pero había tal animación entre los vencedores, que esta vez sus esfuerzos fueron casi impotentes.

Á la caída de Martina siguió la de Aquaviva; nuestros dos héroes creían que las provincias estaban ya completamente pacificadas, cuando supieron que Bari, sin que le sirviera de ejemplo la suerte de Martina y Aquaviva, acababa de proclamar el gobierno republicano, jurando mantenerle á todo trance.

El juramento era tanto más fácil de cumplir cuanto que habían recibido por mar un socorro de seiscientos franceses.

De Cesare y Bocchechiampe se hallaban indecisos entre atacar á Bari, no obstante aquel refuerzo, ó ir á reunirse con el cardenal Ruffo, dejando tras ellos

la revolución apoyada en las bayonetas francesas.

Así las cosas, supieron que los franceses habían abandonado á Bari y avanzaban sobre Casa-Massima. La columna republicana contaba únicamente setecientos hombres, mientras que el ejército realista ascendía á dos mil, fuerza tres veces mayor en número. Los jefes decidieron aventurar un encuentro con las tropas regulares, extremidad á la que, tarde ó temprano, se verían obligados á recurrir.

Para que la ventaja fuese mayor y el triunfo más seguro, los dos amigos determinaron sorprender á los franceses en una emboscada que establecieron en el camino. Al efecto, dividieron las tropas, y Bocchechiampe avanzó con mil hombres hacia Monteroni, dejando otros mil á su compañero.

El falso duque de Sajonia encontró en el valle un sitio á propósito para establecer la emboscada, y se mantuvo oculto con su pequeña hueste.

Por el contrario, de Cesare permaneció sobre la colina de Casa-Massima, con la doble esperanza de atraer hacia sí las miradas del enemigo y de disimular la emboscada de Bocchechiampe.

Éste debía atacar de improviso á los franceses, y de Cesare aprovecharía el desorden que el inesperado ataque produjese en sus filas para caer sobre ellos y acabar de derrotarlos.

El pretendido príncipe había recogido en Martina y Aquaviva una docena de caballos para la artillería de fray Pacifico, la cual continuaba servida por los doce frailes, quienes, á fuerza de repetidos ejercicios, habían llegado á ser excelentes artilleros.

Después de colocar á fray Pacifico con sus dos cañones en medio del camino real para que pudiera dirigirlos á donde fuese necesario, se esperó la llegada de la columna enemiga.

Todo sucedió según se había previsto, excepto el desenlace. Los franceses, á quienes desde un principio llamó la atención la hueste del falso príncipe que veían sobre la colina de Casa-Massima, dieron de lleno en la emboscada de Bocchechiampe. Atacados vigorosamente y no sabiendo con quienes tenían que habérselas, hubo en sus filas un momento de vacilación; pero así que reconocieron la clase de enemigo que tenían enfrente, se formaron en cuadro en la cima de un repecho que se apoyaba en un bosque, y desde allí, sostenidos por su artillería, marcharon contra Bocchechiampe á paso de carga y con la bayoneta en ristre.

En aquel momento, la casualidad quiso que se esparciese entre los realistas el rumor de que una fuerte columna de patriotas salía de Bari para ata-

carlos por la espalda y cogerlos entre dos fuegos.

Entonces fué un « sálvese el que pueda » general. Los guardias armados, los *campieri* y los cazadores de Lecce fueron los primeros en poner pies en polvorosa, y su ejemplo fué seguido por el resto de la columna.

En vano de Cesare, con algunos jinetes que aun permanecían firmes en su puesto, se precipitó en medio de la refriega para contener á los fugitivos : todo fué inútil.

Un pánico invencible se habfa apoderado de aquellos hombres. Por fortuna para nuestros dos aventureros, los franceses, creyendo que aquella retirada súbita, después de tan vigoroso ataque, era una nueva astucia del enemigo para atraerlos á alguna otra emboscada, se detuvieron un momento, y después avanzaron al paso y con las mayores precauciones.

Pero bien pronto reconocieron que era una verdadera derrota, y entonces la caballería republicana empezó á perseguir á los vencidos. Cuando ésta llegaba al camino real, fray Pacífico la saludó con dos cañonazos cargados de metralla, los cuales mataron algunos caballos y jinetes. Hecho esto, el fraile volcó un furgón de municiones, le puso en comunicación por medio de un reguero de pólvora

con una mecha, y salió á escape con el resto de su artillería.

Sea casualidad, sea cálculo exacto del hermano colector de San Efrema, lo cierto es que en el momento en que la caballería republicana llegaba al sitio donde yacía el volcado furgón y se separaba en dos filas, siguiendo las orillas del camino, para no tropezar en aquel obstáculo, el fuego se comunicó desde la mecha al reguero y desde éste á la caja, la cual estalló con espantoso ruido, haciendo añicos á los caballos y á los hombres que se hallaron al alcance de sus despojos.

Entonces, temiendo los franceses alguna otra emboscada del mismo género, dejaron de perseguir á los fugitivos, y los realistas pudieron retirarse sin ser molestados.

Pero habfa desaparecido el prestigio divino anexo á su misión. Aunque tres veces superiores en número, á su primer encuentro con las tropas republicanas, habían sido derrotados y puestos en vergonzosa fuga.

De los dos mil hombres que los dos jóvenes tenían antes del combate, apenas les quedaban quinientos.

Los otros se dispersaron en diferentes direcciones. Convínose en que de Cesare iría con cuatrocientos

hombres á reunirse con el cardenal, y en que Bocchechiampe, con los ciento restantes, se dirigía á Brindis para tratar de reorganizar en aquel punto una columna que á su vez se reuniría con el grueso del ejército sanfedista.

Fray Pacífico, sus dos cañones, el furgón que había salvado y los doce frailes-artilleros quedaron incorporados á la columna de Cesare.

Los dos amigos se abrazaron, y aquella misma noche se pusieron en camino, el uno para Brindis y el otro para Catona.

FIN DEL TOMO SEXTO.

ÍNDICE

CAP. I. — Una racha.....	5
— II. — La tempestad.....	24
— III. — En que por fin recobra el rey el apetito.....	44
— IV. — Cúal era la gracia que tenia que pedir el práctico.....	73
— V. — La corte en Palermo.....	87
— VI. — Las noticias.....	100
— VII. — De cómo el príncipe heredero podia estar á la vez en Sicilia y en Calabria.....	112
— VIII. — El primer paso hacia Nápoles.....	130
— IX. — Leonor Fonseca Pimentel.....	144
— X. — Andrés Backer.....	159
— XI. — El secreto de Luisa.....	174
— XII. — Miguel el cuerdo.....	208
— XIII. — Los escrúpulos de Miguel.....	216
— XIV. — El arresto.....	231
— XV. — La apoteosis.....	240
— XVI. — Los sanfedistas.....	251
— XVII. — En que el falso duque de Calabria hace lo que hubiera debido hacer el verdadero.....	273